



MIL LETRAS

Cátedra, Madrid, 2008

En 1973, Cátedra comenzó a editar las dos series que le han dado a la editorial su prestigio: la serie de Letras Hispánicas y la serie de Letras Universales, los libros negros y blancos que, cuando yo era un escolar, empezaba a ver en las manos de los alumnos de los cursos superiores. La Ley General de Educación entonces vigente contaba con tres años de antigüedad y para muchos, aunque naturalmente no para los alumnos, era el anuncio de lo que luego ha ido ocurriendo con las sucesivas leyes educativas tras la transición a la democracia: la paulatina desaparición del modelo o del canon literario como fundamento de la educación y su sustitución por el modelo audiovisual. Que las dos series hayan alcanzado en conjunto los mil títulos es, sin embargo, una señal de que una sociedad no puede permitirse el lujo del desconocimiento de la literatura. Las Letras Hispánicas y las Letras Universales han estado ligadas desde el principio a una concepción pedagógica de la lectura y, en consecuencia, a lo que podríamos llamar una ética de la literatura. *Cuatro obras* de Alfonso Rodríguez Castelao y las tragedias de Esquilo fueron los primeros títulos de las series.

Para celebrar esos mil primeros libros, Cátedra ha publicado una colección especial de ocho títulos escogidos: la *Poesía lírica del Siglo de Oro* (editado por Elías L. Rivers), *La vida es sueño* de

Pedro Calderón de la Barca (editado por Ciriaco Morón), las *Leyendas* de Gustavo Adolfo Bécquer (editado por Pascual Izquierdo), *El árbol de la ciencia* de Pío Baroja (editado por Pío Caro Baroja) y *Campos de Castilla* de Antonio Machado (editado por Geoffrey Ribbans) —los cinco correspondientes a las Letras Hispánicas—, *Las flores del mal* de Charles Baudelaire (editado por Alain Verjat y Luis Martínez de Merlo), *Madame Bovary* (editado por Germán Palacios) y *Crimen y castigo* de Fiódor Dostoievski (editado por Isabel Vicente), los tres correspondientes a las Letras Universales. Los títulos son incontestables y el ligero desequilibrio a favor de las Letras Hispánicas comprensible. Los tres títulos de las Letras Universales fueron, en el momento de su publicación original, motivo de escándalo —en el caso de Baudelaire y Flaubert, que se sentaron en el banquillo de los acusados por su causa— o de una profunda inquietud moral, en el caso de Dostoievski. Ahora forman parte de una lectura canónica. Los treinta y cinco años que han transcurrido desde que Cátedra empezara a publicar sus series nos obliga a preguntarnos quién es ahora el lector común de estos libros; si, en el caso de las Letras Hispánicas, siguen siendo la fuente de consulta para el idioma y la imaginación en español, o si, en el caso de las Letras Universales, la idea misma de la literatura universal establecida por Goethe constituye o no una pauta inalterable. En una ocasión, para no perder de vista a los primeros lectores que estos libros deben tener, le oí hablar a un inspector de educación de la literatura universal como una materia optativa y le pregunté cuál podría ser la alternativa. No supo contestar. ¿Cuál podría ser, si existe, la alternativa a la literatura universal?

La idea de una *Weltliteratur*, que, en mi opinión, es la inspiración original de las dos series y de las Mil Letras que las conmemoran, se corresponde con la idea de un mundo de lectores (*Leserwelt*) establecida por Kant. Para responder a la pregunta sobre el significado de la Ilustración, Kant proponía dirigirse “al público entero de un mundo de lectores”. A ese mundo de lectores, las dos series le han ofrecido una colección tan amplia que la cuestión canónica ha quedado en segundo plano para poner de relieve un mundo infinito de escritores. De hecho, los escritores canónicos han permitido la publicación de autores desconocidos u olvidados que comprometen nuestra gratitud. Recorrer el catálogo de las Letras Hispánicas y de las Letras Universales es reconocer el significado de los clásicos.

Antonio Lastra